

Dante, el farmacéutico

Por: Santiago David León Chirinos

En Punta Arenas, en el año 1972, en una estación con mucho frío y escarcha en las calles, cerca del centro de la ciudad se encontraba “la botica” de Dante Baeriswyl Romualdi. Una casa de madera con techos altos, que se dividía en tres partes: adelante los remedios; a un costado y atrás su laboratorio donde preparaba jarabes, pomadas y otros, y el pequeño espacio donde atendía. Él se caracterizaba por su amabilidad, era cariñoso y tenía gran sentido social. No discriminaba al atender a la gente, atendía a todos por igual, no le importaba si eran ricos o pobres, por eso lo llamaron “el médico de los pobres”.

Una vez fue un cliente con una quemadura mediana y rojiza. Llegó a la farmacia e inmediatamente lo atendió Dante. Él que le preguntó: —¿Cómo fue que te pasó eso?

El señor le contó que estaba cocinando, que había puesto aceite a calentar y de pronto al tomar el sartén con aceite caliente, se le cayó sobre el brazo. Mientras tanto el farmacéutico lo atendía. El paciente no se dio cuenta cómo lo había curado y agradeció el excelente servicio, ya que no sintió dolor. Luego Dante le dio una pomada para curarse él mismo diariamente y le dio más papel secante para sus curaciones. Le dijo que volviera una semana después para ver cómo evolucionaba su quemadura. Así hasta que se sanó por completo. El señor que se había quemado agradeció y de ahí corrió la voz de que el farmacéutico lo había sanado. Y así no fue el único quemado que le llegó.

Desde entonces, la gente iba a su botica porque se sentía bien atendida por una persona muy amable, y por eso, tiempo después lo nombraron “Ciudadano Ilustre de la región”, muy merecido reconocimiento a quien aportó tanto a la ciudadanía.